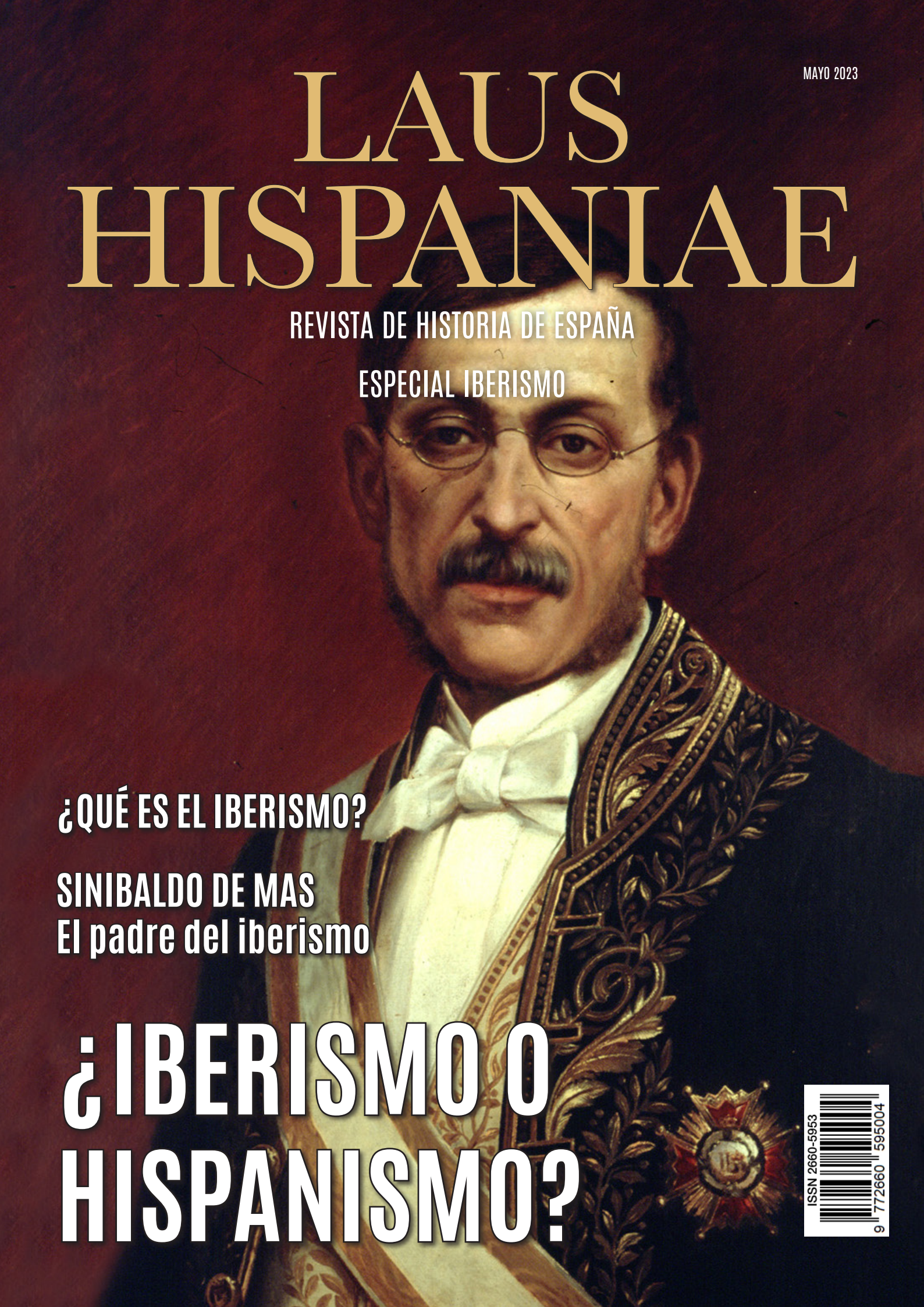
MAYO 2023

LAUS HISPANIAE

REVISTA DE HISTORIA DE ESPAÑA

ESPECIAL IBERISMO



¿QUÉ ES EL IBERISMO?

SINIBALDO DE MAS
El padre del iberismo

¿IBERISMO O HISPANISMO?

ISSN 2660-5953

LH
LAUS HISPANIAE **ESPECIAL**

DIRECTOR | Juan Pablo Perabá
direccion@laushispaniae.es

REDACTOR JEFE: Javier Martínez-Pinna
coordinacion@laushispaniae.es

COLABORADORES |Adrián Gebé, Álvaro Cerro Rubio, Fernando Mogaburo, Paulo Gonçalves, David López Serna, Jordi Núñez Zaragoza

MAQUETACIÓN: d-magmakers
DIRECTORA DE ARTE | Helena R. Olmo

DISEÑO WEB: Belén Serveró

EDITA LAUS HISPANIAE
Alicante

https://laushispaniae.es/
https://twitter.com/laushispaniae
https://www.facebook.com/laushispaniae/

ISSN 2660-5953

La revista no se hacer responsable de la veracidad, exactitud, adecuación, idoneidad y actualización de la informción y/u opiniones suministradas por sus redactores y colaboradores, si bien empleará todos los esfuerzos y medios razonables para que la información suministrada sea veraz, exacta, adecuada, idónea y actualizada.

EDITORIAL

JUAN PABLO PERABÁ
director de *Laus Hipaniae*

La idea de integrar Portugal y España ha sido recurrente a lo largo del tiempo, especialmente entre las clases intelectuales de ambos lados de la frontera. Pero es en los últimos años, tal y como muestran las encuestas, cuando más próximo aparece el sueño por el que muchos han suspirado: la anhelada unión de Iberia.

Por este motivo, desde *Laus Hispaniae* queremos ofreceros un especial monográfico dedicado al iberismo con el cual pretendemos mostrar al lector los beneficios económicos y sociales que una integración tendría para el conjunto de los ciudadanos de España y Portugal. Para ello, contamos con destacados autores vinculados con las principales asociaciones iberistas, cuyo trabajo es fundamental para comprender la naturaleza del iberismo en la actualidad.

Adrián Gebé, de la Sociedad Iberista, es autor de dos artículos. En el primero nos explica el origen del iberismo y su evolución en los últimos años, mientras que en su segundo artículo nos muestra las ventajas que la aproximación de ambos países tendría para los ciudadanos corrientes de ambas naciones. Javier Martínez-Pinna, autor de *Iberismo. Hacia la Unión de España y Portugal* (publicado por la Editorial Almuzara), nos recuerda la biografía de un personaje excepcional: Sinibaldo de Mas, padre del iberismo moderno. Por su parte, Fernando Mogaburo nos da su interpretación a la pregunta sobre si es más adecuado el término iberismo o hispanismo, mientras que Paulo Gonçalves, Coordinador Nacional del mPI, nos anima a continuar adelante con este proyecto, el de la integración de dos países que, juntos, podrían afrontar con más garantías los retos de un mundo cambiante.

Esperamos que sea de interés a nuestros lectores.

6

14

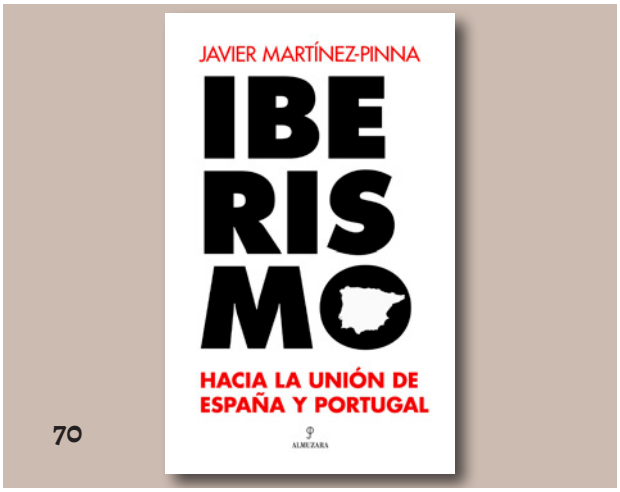
22

32

52

58

64


70
JAVIER MARTÍNEZ-PINNA
IBE
RIS
MO
HACIA LA UNIÓN DE
ESPAÑA Y PORTUGAL
ALMUZARA

SUMARIO

06 ¿QUÉ ES EL IBERISMO?
Adrián Gebé
14 SIBALDO DE MAS
El padre del iberismo
Javier Martínez-Pinna
22 EL IBERISMO INTEGRADOR DECIMONÓNICO
Álvaro Cerro Rubio
32 IBERISMO O HISPANISMO
He ahí la cuestión
Fernando Mogaburo
52 IBERISMO EN LA ACTUALIDAD
Objetivos, colectivos y futuro
Paulo Gonçalves
58 BENEFICIOS DEL IBERISMO
Adrián Gebé
64 LOS ÚLTIMOS IBERISTAS
David López Serna
70 PRÓLOGO A *IBERISMO*
Jordi Núñez Zaragoza

Vista de Oporto

IBERISMO O HISPANISMO

HE AHÍ LA CUESTIÓN

FERNANDO MOGABURO

Aunque hoy pueda parecer paradójico, península Ibérica no es un sinónimo de Iberia sino de Hispania y, pese a que todos los iberos eran hispanos, solo unos pocos hispanos podían considerarse iberos. Así, por ejemplo, los actuales portugueses descienden de los lusitanos, cuya cultura y lengua nada tenían en común con las ibéricas. Calificar como iberismo y no como hispanismo cualquier iniciativa que pretenda la reunificación política, cultural y/o económica de España y Portugal parte, por tanto, de una premisa equivocada.

OESTRIMNIS VERSUS OPHIUSA

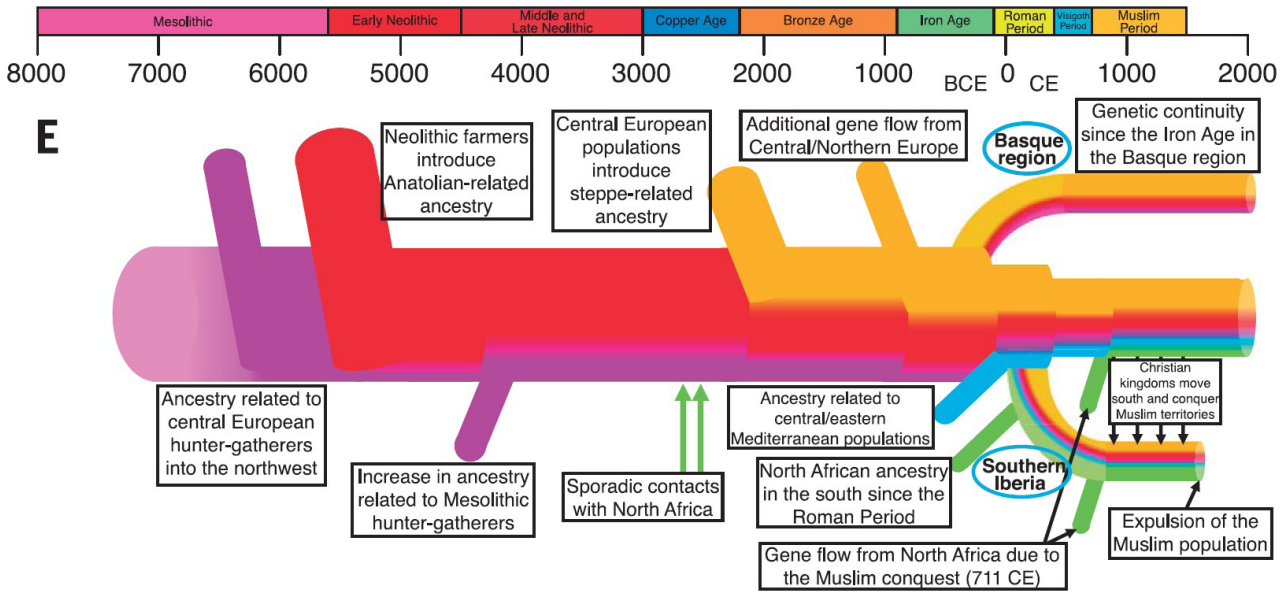
Todos hemos aprendido que la península ibérica recibió ese nombre porque estuvo habitada desde el Paleolítico por los iberos, que en la Edad del Hierro llegaron los celtas, y que la fusión entre ambos pueblos dio lugar a los celtíberos. Sin embargo, esa teoría, planteada por la arqueología decimonónica, fue desmontada hace apenas un lustro por los paleogenetistas David Reich en *Who we are and how we got here*, e Íñigo Olalde en *The genomic history of the Iberian peninsula over the past 8000 years*. Según parece, los españoles y portugueses compartimos *grosso modo* un mismo ADN, producto de la fusión de varios grupos étnicos procedentes de otras partes del mundo: el sustrato de cazadores-recolectores paleolíticos; los agricultores neolíticos llegados desde Anatolia hacia 5000 a.C.; y los pastores yamnaya procedentes de la estepa ponto-caspiana. Fueron estos últimos quienes introdujeron la lengua indoeuropea, la metalurgia del bronce, el carro de guerra y el caballo, hacia 2500 a.C.

En 1250 a.C. la península sufrió una nueva invasión procedente de Centroeuropa, caracterizada por el rito de la incineración y el depósito de las cenizas en campos de urnas. Según la *Ora marítima*, escrita por el etrusco Avieno en el siglo IV d.C. a partir del periplo realizado un milenio antes por un anónimo navegante griego de Massalia, los recién llegados habrían rebautizado la tierra de Oestrimnis como Ophiusa. Lamentablemente, el relato es tan ambiguo y ha sufrido tantas interpolaciones, que no sabemos qué lugares identificaban ambos topónimos. De lo que no hay duda es de que, al contrario que los yamnaya, estos pueblos célticos no ocuparon toda la península, solo ambas mesetas.

Hacia 800 a.C. copiaron la metalurgia del hierro a los pueblos hallstáticos centroeuropeos y poco después sufrieron un proceso de etnogénesis que dio lugar a los arévacos, vetones, vacceos, carpetanos y oretanos. Como habitaban en el valle del Ebro, los primeros fueron rebautizados por los romanos como celtíberos, pero este etnónimo sería también aplicable al resto para diferenciarlo de los celtas que habitaban en la Galia.

Los pueblos de la costa atlántica apenas se vieron afectados, de ahí que conservaran su lengua y sus tradiciones ancestrales. Así, por ejemplo, construían su apellido con el castro de origen *(Limico oriundo de Talabrica)* en lugar del gentilicio familiar *(Sanibelser hijo de Andigibas)*. Koch y Cunliffe

Aportes al genoma español (8000 a.C - 1600 d.C.)



sostienen en *Celtic from the West* que su atavismo se debe a que fueron ellos quienes crearon la cultura céltica durante la Edad del Bronce y la expandieron a Centroeuropa en la del Hierro. Ya fueran celtas o preceltas, sufrirían también un proceso de etnogénesis para dar lugar a cántabros, astures, galaicos, lusitanos y turdetanos, estos últimos descendientes de Tartessos.

TARTESSOS VERSUS HESPERIA

Hacia el año 1100 a.C. se desarrolló en el sudoeste peninsular la cultura de Tartessos, que se convirtió en la más avanzada de Europa occidental gracias a la combinación de la riqueza agrícola y ganadera del valle del Guadalquivir, a la explotación de las minas de Huelva, a la abundante pesca litoral y al comercio marítimo con otras culturas del Bronce Atlántico. Algunos autores la identifican con la bíblica Tarsis, que en el *Libro de los reyes* constituía un destino comercial preferente para Hiram de Tiro durante el reinado de Salomón. Según las *Historiae romanae* de Veleyo Paterculo, los fenicios habrían fundado su colonia de Gadir ochenta años después de la guerra de Troya (ca. 1100 a.C.), pero ningún vestigio arqueológico se remonta más allá del siglo VIII a.C..

Ni Homero ni Hesíodo mencionaron a Tartessos, aunque ambos escribieron en esa época. En la *Gerioneida* de Estesícoro, datada en el siglo VII a.C., se denominaba Hesperia al *finis terrae* occidental. Según ese poema, las ninfas hespérides custodiaban en su jardín unas manzanas doradas que Heracles debía robar al gigante Gerión, rey de Tartessos. El hecho de que una ninfa se llamara Eritía, como una de las islas que conforman la ciudad de Cádiz, parece reflejar un arcaico contacto entre navegantes griegos o fenicios con los tartesios. Tampoco sería descartable que el mítico diálogo de Platón sobre la Atlántida recogiera la destrucción de otra de esas islas por un maremoto, no en vano las hespérides eran hijas del titán Atlas.

A comienzos del siglo XX, el filólogo alemán Adolf Schulten insertó la *Ora maritima* en sus *Fontes Hispaniae Antiquae,* y la empleó como hilo conductor en su obsesiva búsqueda de Tartessos, de la misma forma que la Ilíada había servido a Schliemann

Guerrero tartesio de El Viso (1100 AC)

© Museo Arqueológico Nacional

© British Museum

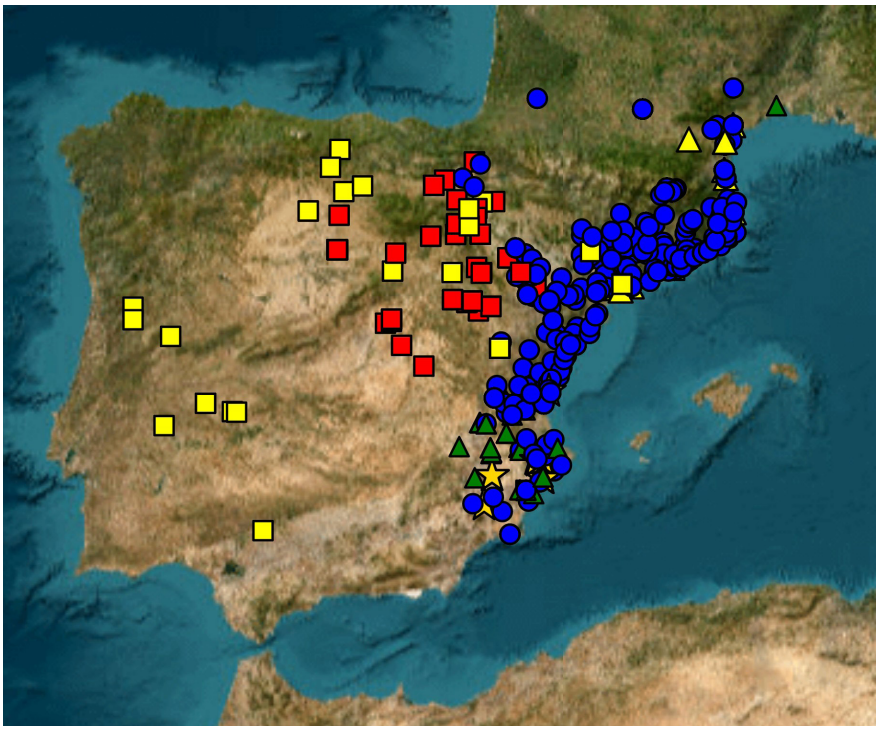
Hércules en el jardín de las hespérides (400 a.C.)

para desenterrar Troya y Micenas. Sin embargo, la suerte no le acompañó durante sus excavaciones en el coto de Doñana junto al arqueólogo francés Jorge Bonsor, porque cometió dos graves errores: menospreciar los materiales indígenas que encontraba, debido a su indisimulado difusionismo filohelenista; y buscar la gran capital de un poderoso reino, cuando todo apunta a que Tartessos debía de ser una región políticamente descentralizada.

El arqueólogo Almagro Gorbea la ha identificado con una anfictionía equivalente a la dodecápolis etrusca, la pentápolis filistea o la liga jónica. Entre las candidatas a constituir la heptarquía tartesia se encontrarían Onuba (Huelva), Gadir (Cádiz) y el eje bético formado por Spal (Sevilla), Carmo (Carmona), Astigi (Écija), Corduba (Córdoba) y Castulo (Linares). El portugués Pablo Alburquerque identificó como tartésicos otros yacimientos emplazados en el Guadiana (Medellín) y en el litoral atlántico (Tavira, Lisboa), pero los romanos no los consideraron turdetanos sino lusitanos.

Heródoto afirmó en su *Historia*, escrita en el siglo V, que Tartessos llevaba ochenta años regido por Argantonio, un monarca tan rico que había donado al navegante Coleo de Samos el oro suficiente para construir las murallas de Focea. De esta colonia jonia en Anatolia habían partido los navegantes que entre 600 y 575 a.C. fundaron Massalia (Marsella) y Emporion (Ampurias). No parece probable que se establecieran también en Mainake (Málaga) porque, tras la batalla naval de Alalia, los cartagineses prohibieron el tráfico griego al sur del eje Cartagena-Ibiza. De hecho, los arqueólogos no han conseguido encontrar su rastro ni tampoco el de la alicantina Hemeroskopeion.

Inscripciones ibéricas en azul (500 AC-19 AC)



En el siglo IV a.C., Piteas de Massalia circunnavegó Gran Bretaña, avistó la isla de Thule, comerció con ámbar en la desembocadura del Elba y recogió esta odisea en su *Okeanou*.

© Manuel Pina

Moneda de Murgantia (212 AC)

Dado que en esa época el estrecho se encontraba ya cerrado al tráfico griego, no sería descartable que hubiera cruzado a pie Aquitania para embarcarse en Burdigala, y que hubiera tomado sus descripciones de las costas béticas, lusitanas y cántabras de periplos tartésicos muy anteriores a su época. En cualquier caso, demostró el carácter peninsular de Hesperia.

HISPANIA VERSUS IBERIA

Según narra Tito Livio en su *Ad urbe condita*, un tal Moerico, que mandaba un contingente de mercenarios a sueldo de Cartago, facilitó a los romanos la captura de Siracusa en 212 a.C. Como recompensa por su defección, se le concedió la ciudadanía romana y quinientas yugadas de tierra en torno a Morgantina. Allí acuñó su propia moneda, en la que aparecía montado a caballo, lanza en mano, sobre la leyenda *HISPANORVM*, un genitivo que debe traducirse como «de los españoles». Este es, hasta la fecha, el etnónimo más antiguo del conjunto de habitantes de la península.

El segundo se encuentra en los *Annales* de Quinto Ennio, una historia de Roma escrita hacia 184 a.C. de la que solo han sobrevivido algunos fragmentos. Entre ellos, una frase dirigida por un celtíbero a Catón: «Hispane, non romane memoretis loqui me» (recuerda que hablo como español y no como romano).

Así pues, entre finales del siglo III y principios del II a.C., dos habitantes de la península que no habían tenido contacto entre ellos hablaban de sí mismos como hispanos. Desde entonces, los romanos se refirieron siempre a la península como *Hispaniae*, y calificaron a sus habitantes como *hispani*. Adviértase que el primer término siempre aparece en plural (las Españas), fiel reflejo de la diversidad geográfica, étnica y lingüística que aquí se encontraron.

Así pues, entre finales del siglo III y principios del II a.C., dos habitantes de la península que no habían tenido contacto entre ellos hablaban de sí mismos como hispanos

El cronista griego Polibio, que escribió sus *Historias* en el siglo II a.C., fue el primero en denominar Iberia al litoral peninsular entre los Pirineos y las columnas de Hércules. En cambio, reconocía que la parte que se extendía a lo largo del *mar Exterior* no tenía aún una denominación común porque había sido explorada recientemente y estaba habitada por tribus bárbaras muy numerosas. La principal fuente latina sobre la conquista de esas tribus es Tito Livio, que escribió su *Ad urbe condita* un siglo después y empleó siempre el término *hispano*, y no *ibero*. Esto parece indicar

Hispanias romanas (197 AC-415 DC)

que entre los habitantes del interior y los de la costa había cierta diferencia cultural o lingüística que justificase la posterior división provincial, tal y como ocurría en el resto del Imperio romano.

García Bellido teorizó que Hispania no derivaba del griego *Hesperia* sino del fenicio *Spn*, que vendría a significar «conejo», ya que en época antigua estos animales constituían una verdadera plaga para las cosechas. Sin embargo, en su *Epítome a las historias filípicas,* Justino recogió una cita escrita por Pompeyo Trogo en el siglo I a.C. según la cual la península se habría llamado primero *Hiberia* por el río Hiberus y después *Hispaniae* por el héroe Híspalo. Esto nos conduciría a la Spal tartesia que había sido reconstruida como Híspalis por Escipión para asentar a sus legionarios licenciados.

En 7 d.C. Estrabón dedicó el libro tercero de su *Geographriká* a Hispania, pero, como nunca la pisó, todas sus aseveraciones han de ser tomadas con cautela. De las ciento veinte alusiones a Iberia, noventa y cinco se referían a toda la península, una *piel de buey* con los Pirineos en dirección norte-sur y estirada hacia el promontorio Sagrado (cabo San Vicente). Sin embargo, en otras veinticinco ocasiones identificaba Iberia exclusivamente con la Hispania Citerior para distinguirla de Bética y Lusitania, y la hacía extensiva desde el río Iberus hasta la desembocadura del Ródano, al oeste de Massalia.

Los arqueólogos y filólogos consideran iberos a todos los hispanos del litoral mediterráneo, pero solo porque compartían determinados rasgos culturales

La misma dicotomía empleó para referirse a los habitantes de la península, a quienes englobó en algunos pasajes bajo el término iberos, para luego identificar cinco etnias diferentes: turdetanos, lusitanos, celtíberos, montañeses (sic) e iberos propiamente dichos. Parece evidente que en ambos casos cometió una sinécdoque: confundir la parte *(Iberia)* por el todo *(Hispaniae)*.

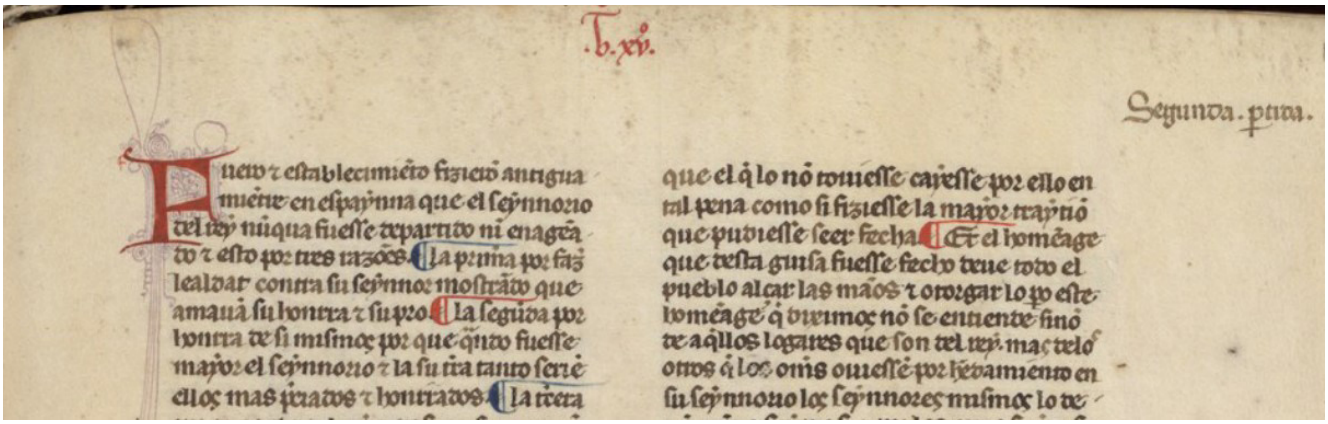
Dinar bilingüe con la inscripción al-Ándalus (716)

A partir de Estrabón, solo siguieron empleando el cultismo *Hiberia* (con *h*) los poetas y retóricos, como Horacio, Virgilio, Ovidio o Apuleyo. Sin embargo, el etnógrafo y militar Plinio empleó siempre *Hispaniae* en su *Naturalis historia*, completada en 74 d.C., y entre los pueblos que la habitaban no enumeró ninguno como ibero. Monedero consideró que el nombre de Iberia habría sido equivalente en la antigua Grecia a una tierra de inmensas riquezas, de ahí que se aplicara a los dos territorios semimíticos que delimitaban la *ecúmene*: la Cólquide al este (donde el argonauta Jasón robó el vellocino de oro) y Tartessos al oeste (donde Heracles recogió las manzanas de oro).

Los arqueólogos y filólogos consideran iberos a todos los hispanos que vivían en el litoral mediterráneo (bastetanos, contestanos, edetanos, ilercavones, ilergetes, layetanos, indigetes, sordones y elísices), pero solo porque compartían determinados rasgos culturales, ya que nunca constituyeron un estado unificado. Al contrario que los celtas, hablaban una lengua anindoeuropea de origen desconocido que no ha podido ser descifrada. Tampoco se conoce un solo topónimo ibérico en la meseta o en la fachada atlántica, como habría sido lógico de haber estado habitadas por los iberos antes que por los celtas. Es más, según el banco de datos epigráficos Hesperia, todas las inscripciones ibéricas se concentran en una estrecha franja litoral entre Cartagena y Montpellier.

A partir de 415 las Hispanias fueron conquistadas *de facto* por los visigodos, y en 476 se independizaron *de iure* del Imperio romano de Occidente. Una vez conseguida la unión efectiva entre germanos e hispanorromanos promovida por Leovigildo en

España en las Siete Partidas (1265)



© Biblioteca Nacional

el siglo VII, este *regnum Gothorum* se transformó en *regnum Hispaniae.* Por causas desconocidas, los árabes lo rebautizaron en 711 como al-Ándalus, pero fue Jiménez de Rada en su crónica del siglo XIII, *De rebus Hispaniae,* quien se inventó la relación entre Andalucía y los vándalos. Una hipótesis descabellada, porque el tunecino *regnum Wandalorum* había sido destruido por los bizantinos en 534 y ninguna crónica bereber podía relacionarlo con la Bética, mucho menos con la totalidad de Hispania.

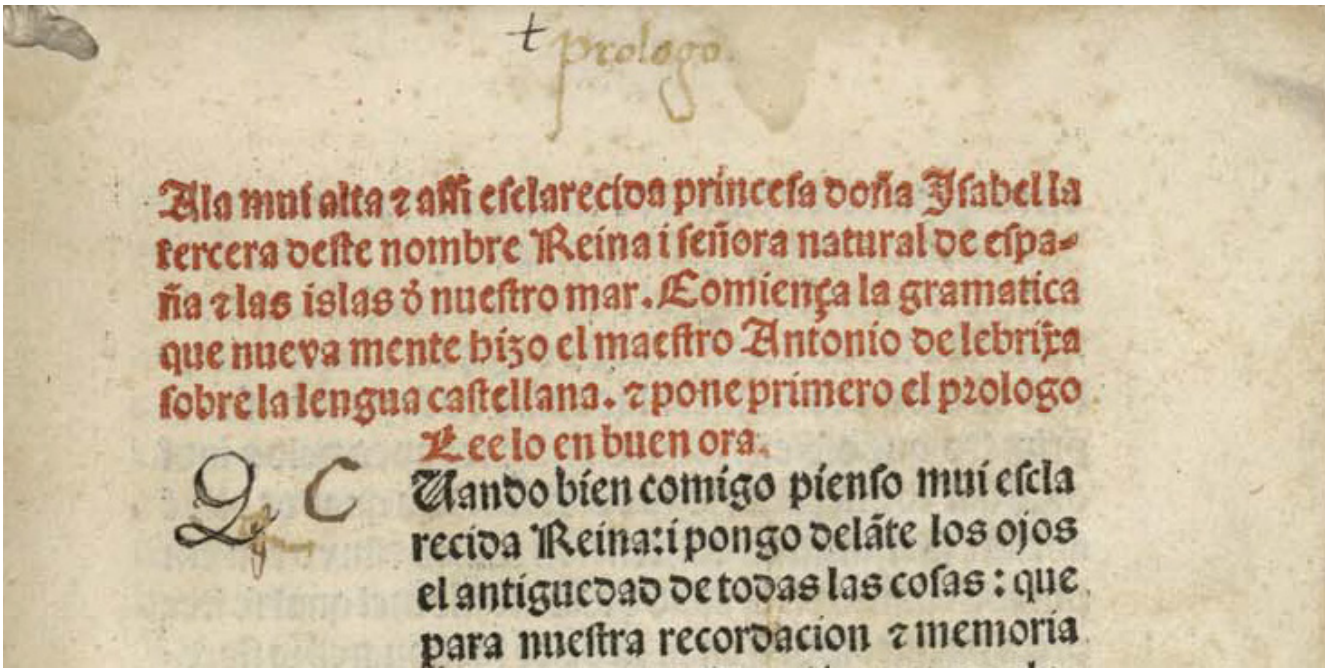
ESPAÑA VERSUS MONARQUÍA HISPÁNICA

Pese a la atomización feudal, los reyes cristianos mantuvieron siempre vivo el concepto de Hispania, que había recuperado su antiguo carácter de entidad geográfica y no política. Quizás por ello, Alfonso VII fue proclamado por el papa *imperator totius Hispaniae* en 1135, al haber reunido bajo su corona los reinos de Galicia, León y Castilla, y sometido a vasallaje los de Pamplona y Aragón, además de los condados de Portugal, Barcelona y Tolosa. Cuando el romance castellano sustituyó al latín como lengua cortesana, Hispania dejó paso a *Espanna* en todos los documentos oficiales. Así consta en las *Siete Partidas,* promulgadas por Alfonso X hacia 1265. En la *Primera crónica general,* escrita en esa misma época, se vinculaba el origen de *Espanna* con Hesperia:

> Una vez conseguida la unión efectiva entre germanos e hispanorromanos promovida por Leovigildo en el siglo VII, este *regnum gothorum* se transformó en *regnum Hispaniae*

«Cuando el diluvio exterminó la pecaminosa humanidad primitiva, los hijos de Noé desafiaron a Yahvé levantando la torre de Babel, por lo que fueron dispersados por Asia, África y Europa. Jafet tuvo siete hijos: Gomer, Magog, Madai, Yavan, Mosoch, Thiras y Túbal. El último había nacido en la Iberia transcaucásica, pero se trasladó a Hesperia y exploró Luzenna, Galizia, Celtiberia, Carpetania y Andalucía. Hércules pasó en esta última una larga temporada para cumplimentar dos de sus últimos trabajos: robar los toros de Gerión y las manzanas de las hespérides. Antes de

España en la Gramática de Nebrija (1492)


t prologo.

Ala mui alta ꝛ assi esclarecida princesa doña Ysabel la tercera deste nombre Reina i señora natural de españa ꝛ las islas d̃ nuestro mar. Comiença la gramatica que nueva mente bizo el maestro Antonio de lebrixa sobre la lengua castellana. ꝛ pone primero el prologo

Lee lo en buen ora.

Uando bien comigo pienso mui esclarecida Reina: i pongo delãte los ojos el antiguedad de todas las cosas: que para nuestra recordacion ꝛ memoria

© Biblioteca Nacional

Primer mapa de América (1507)

regresar a Grecia fundó Gades, donde su sobrino Espán reinaría hasta su muerte, acaecida veinte años después de la destrucción de Troya. Uno de sus supervivientes, Eneas, huyó a Cartago y tuvo un romance con Dido, hija del rey de Tiro, pero cuando el héroe partió a Roma ella, despechada, se inmoló con su espada. Mientras tanto, Liberia y su marido, el griego Piros, habían heredado el reino de Espán, que bautizarían en su honor como Espanna».

Pese a su trasfondo mitológico, algunos detalles se inspiraban en hechos históricos, como la división de la autodenominada «raza blanca» en los tres pueblos que habitaban las riberas mediterráneas (semitas, camitas, indoeuropeos); la división de estos últimos en siete familias lingüísticas (galos, escitas, persas, griegos, capadocios, tracios, hispanos); la procedencia caucásica de los yamnaya (ascendientes de Túbal); el sustrato étnico de las cinco provincias romanovisigodas (lusitanos, galaicos, iberos en Tarraconense, celtas en Carpetania, turdetanos en Bética); la fundación de Cádiz tras la guerra de Troya; la relación de los etruscos con los pueblos del mar; la enemistad entre cartagineses y romanos; la llegada a la península de tirios y libios; el asentamiento griego junto al Pirineo; la riqueza de Tartessos; y la etimología hispalense de España. El relato alcanzó tanto éxito que todos los cronistas medievales, renacentistas e ilustrados lo copiaron, dotando así a la monarquía hispánica de una antigüedad inmemorial ajena al pasado bárbaro de los visigodos.

A finales del siglo XIX, Agustín Chaho y Navarro Villoslada redondearon la fábula para convertir a un tal Aitor, hijo de Túbal, en patriarca del pueblo vasco. Sin embargo, Reich y Olalde han desmentido también la hipótesis tradicional de que los vascones habitaran desde la Antigüedad en las actuales provincias Vascongadas, ya que su código genético ha permanecido inmutable desde la Edad del Hierro, sin mezclarse con el árabe semita y el bereber camita.

Dado que está demostrado que estos alcanzaron la costa cantábrica, la única explicación plausible es que el reino de Pamplona fuera fundado por vascones oriundos de la Gascuña franca, y que en tiempos de Sancho el Mayor se extendieran al condado de Álava y al señorío de Vizcaya, que eran feudos de Castilla. El euskera no sería, por tanto, más que una reminiscencia del idioma aquitano,

América hispana y anglosajona (1796)

que el propio Julio César definió en su *Bello gallico* como diferente al de galos e hispanos.

Gracias a la unión dinástica de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, el reino de España quedó reconstituido de forma oficial en 1479, pues así consta, por ejemplo, en la *Gramática* de Antonio de Nebrija; en la carta de Cristóbal Colón donde anuncia del descubrimiento del Nuevo Mundo; en la fundación de la isla Española y del virreinato de Nueva España; en las bulas papales; en la correspondencia diplomática con otros monarcas europeos; o en las misivas privadas que la infanta Catalina intercambiaba con su padre desde Inglaterra. No obstante, y con carácter protocolario, en la intitulación de los monarcas Habsburgo se desglosaban los antiguos reinos que conformaban la Hispania cristiana (Galicia, León, Castilla, Navarra, Aragón) y las taifas arrebatadas al islam (Valencia, Mallorca, Murcia, Toledo, Sevilla, Córdoba, Jaén, Algeciras, Algarve, Granada). Curiosamente, nunca incluyeron la importante marca de Badajoz, coincidente con la antigua Lusitania, para evitar reclamaciones diplomáticas al haber sido reconquistada a medias por los reyes de Portugal y de León.

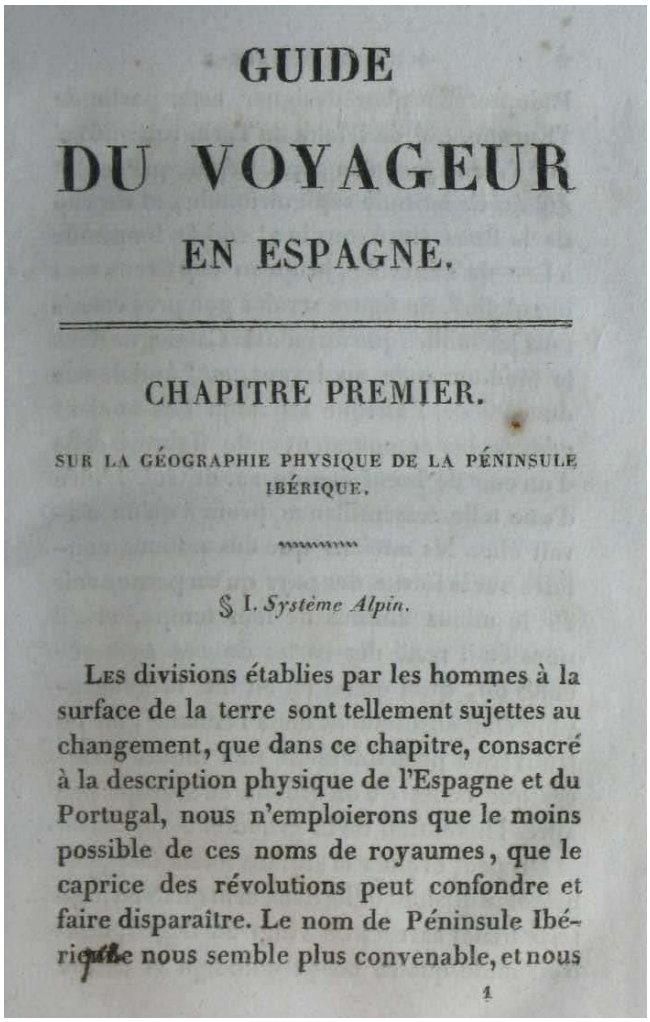
Al ser hijo de la emperatriz Isabel de Avis, el rey Felipe II se convirtió en legítimo monarca de Portugal en 1580, si bien tuvo que vencer cierta resistencia armada por parte de los partidarios del prior de Crato. Desde entonces, los dominios españoles y portugueses se fusionaron en una entidad política

> El rey Felipe II se convirtió en legítimo monarca de Portugal en 1580. Los dominios españoles y portugueses se fusionaron en una entidad política pentacontinental, multinacional y plurilingüe

pentacontinental, multinacional y plurilingüe a la que la historiografía contemporánea bautizó como Monarquía Hispánica. Pese a su diversidad y extensión, este vasto imperio estaba gobernado por un único rey, el de España, y no por un emperador, ya que, desde la división del Imperio romano por Teodosio hasta que Napoleón se coronó a sí mismo, en Europa solo podía haber dos emperadores: el de Occidente, coronado por el papa de Roma; y el de Oriente, por el patriarca de Constantinopla. Carlos I había sido emperador de Occidente, pero antes de fallecer prefirió legar el título a su hermano Fernando de Austria. Desde entonces, España no escatimó la sangre de sus soldados en defender las posesiones portuguesas. Valgan como ejemplos las expediciones para expulsar a los holandeses de San Salvador de Bahía (Brasil) y de las islas Molucas (Indonesia). Por desgracia, esa reunificación hispánica que tantos siglos había costado, se desintegró en 1640 y dio paso a una guerra fratricida.

PENÍNSULA IBÉRICA VERSUS IBEROAMÉRICA

Los Borbones sustituyeron el estado polisinodial por otro fuertemente centralizado. A ello contribuyó la pérdida del Imperio europeo que, no obstante, continuó figurando en las armas reales: Cerdeña, Sicilia, Nápoles, Milán, Borgoña y los Países Bajos. Como la geografía aún no se había desarrollado como ciencia, la península carecía de un nombre que la caracterizara. Tanto es así, que los británicos bautizaron su campaña de 1808 como *Peninsula war.*



GUIDE

DU VOYAGEUR

EN ESPAGNE.

CHAPITRE PREMIER.

SUR LA GÉOGRAPHIE PHYSIQUE DE LA PÉNINSULE IBÉRIQUE.

§ I. *Système Alpin.*

Les divisions établies par les hommes à la surface de la terre sont tellement sujettes au changement, que dans ce chapitre, consacré à la description physique de l'Espagne et du Portugal, nous n'emploierons que le moins possible de ces noms de royaumes, que le caprice des révolutions peut confondre et faire disparaître. Le nom de Péninsule Ibérique nous semble plus convenable, et nous

1

Primera mención a la península ibérica (1823)

En 1823, el francés Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent dedicó el primer capítulo de su *Guide du voyageur en Espagne* a describir la *géographie physique de la péninsule ibérique*. Él mismo justificó este nombre argumentando que una entidad geográfica perfectamente delimitada por fronteras naturales, como era la península, debía adoptar un nombre propio que soslayara su subdivisión por fronteras artificiales entre España y Portugal. Sin embargo, sospecho que en lugar de emplear el adjetivo hispánica, como había hecho Carlomag-

108 ARCHIVO DEL GENERAL MIRANDA

PROCLAMACION A.

A los Pueblos del Continente Colombiano
(alias Hispano-America)

N. N.

Amados y valerosos Compatriotas.

Estando encargado por vosotros ha muchos años de solicitar los medios de establecer vuestra independencia, tenemos hoy la dulce satisfaccion de anunciaros, que ha llegado ya el momento de vuestra emancipacion y libertad. Esperamos que nuestros esfuerzos colmaran vuestros magnanimos deseos.

Penetrados al fin estos generosos amigos de la justicia de nuestra causa, y cediendo á vuestras instancias, nos prestan sus socorros y ayuda para que establezcamos sobre bases solidas, y sabiamente balanzeadas un gobierno justo é independiente.

Llegó el tiempo ya de echar á los Barbaros que nos oprimen, y de romper el cetro de un Govierno ultramarino. Acordados de que sois los descendientes de aquellos Ilustres Yndios, que no queriendo sobrevivir ala esclavitud de su patria, prefirieron una muerte gloriosa á una vida desbonrosa. Estos Ylustres guerreros presintiendo la desgracia de su posteridad, quisieron mas bien morir bajo los muros de Mexico, de Cuzco ó de Bogotá que arrastrar las cadenas dela opresion. Muriendo victimas de la libertad publica.

Vosotros vais á establecer sobre la ruina de un gobierno opresor, la independencia de vuestra patria. Mas en una empresa de tanta importancia, en una empresa que va á cambiar el estado de vuestra situacion, es de vuestra ohligacion hacer conocer al universo entero, los motivos que os determinan, y probar de una manera irrefragable, que no es el odio, ó la ingratitud, sino la voz dela justicia, y el sentimiento de vuestra propia conservacion que os impelen á este esfuerzo memorable.

N.: T. III, f. 55.

Primera mención a Hispanoamérica (1806)

no con la Marca, prefirió el de ibérica para justificar la invasión napoleónica y la transformación de Cataluña en un departamento francés. No en vano, los iberos habían habitado también en el Languedoc y habían sido aculturizados por los habitantes de Marsella, aunque fueran griegos y no galos.

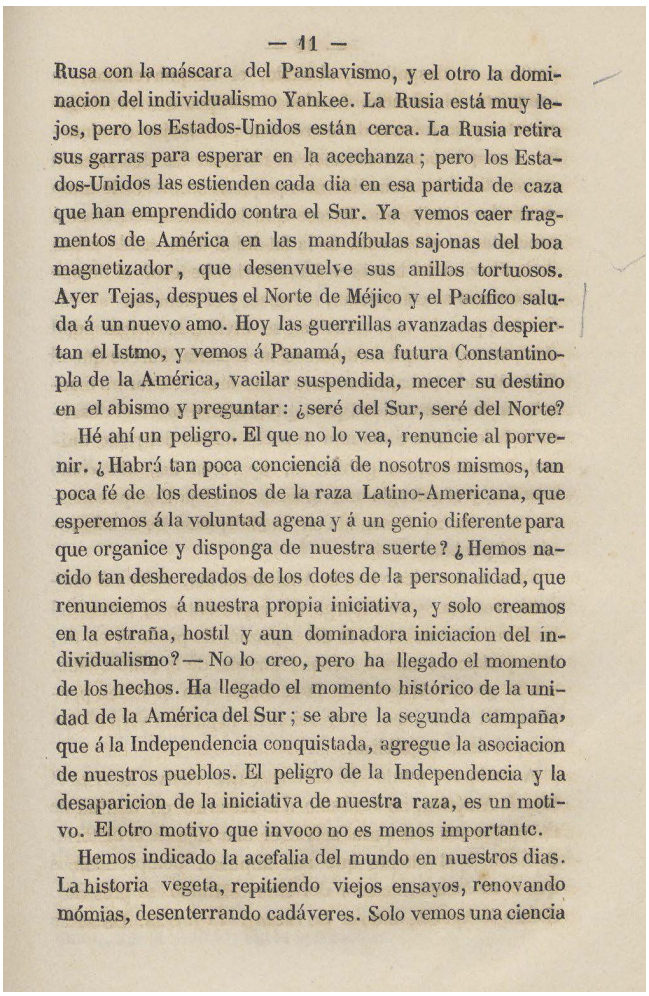
Contra todo pronóstico, el auge de los nacionalismos en la segunda mitad del siglo XIX favoreció que los arqueólogos españoles adoptasen entusiásticamente el etnónimo *ibero* para el sustrato autóctono, y que englobaran en el de *celtas* a todos los pueblos indoeuropeos, ya que desde Felipe V se denostaba el pasado germánico por su vínculo con los Habsburgo. Sorprende, no obstante, que los propios genetistas españoles y anglosajones citados al principio sigan em-

El auge de los nacionalismos en la segunda mitad del siglo XIX favoreció que los arqueólogos españoles adoptasen entusiásticamente el etnónimo *ibero* para el sustrato autóctono

pleando *Iberian* en lugar del más acertado *Hispanic* para definir la suma de *ancient Spaniards and ancient Portuguese,* pese a que son ellos precisamente quienes han demostrado lo falaz de tal argumento.

Las tierras descubiertas por Colón habían sido englobadas en la intitulación real como Indias occidentales, a fin de distinguirlas de las orientales, conocidas desde varias décadas antes gracias a los marinos portugueses. El almirante se merecía que el Nuevo Mundo fuera bautizado como Colombia pero, debido a los pleitos que sostuvo con la Corona, nadie se lo planteó. Cualquier hipotética reclamación de sus herederos quedó zanjada cuando en 1507 Martin Waldseemüller publicó su *Universalis cosmographia,* pues el continente recién descubierto aparecía como América en honor al navegante florentino Amerigo Vespucci. La Corona española nunca reconoció ese nombre.

Fueron los escritores de la generación del 98 quienes prefirieron sustituirlo por el de Iberoamérica para incluir al Brasil. Sin embargo, este término es absurdo, ya que los portugueses descienden, *latu sensu,* de los lusitanos, que nada tenían en común con los iberos, habitaban en el extremo contrario de las Hispanias y hablaban una lengua indoeuropea precéltica y no ibérica. La propia Real



— 11 —

Rusa con la máscara del Panslavismo, y el otro la dominacion del individualismo Yankee. La Rusia está muy lejos, pero los Estados-Unidos están cerca. La Rusia retira sus garras para esperar en la acechanza; pero los Estados-Unidos las estienden cada dia en esa partida de caza que han emprendido contra el Sur. Ya vemos caer fragmentos de América en las mandíbulas sajonas del boa magnetizador, que desenvuelve sus anillos tortuosos. Ayer Tejas, despues el Norte de Méjico y el Pacífico saluda á un nuevo amo. Hoy las guerrillas avanzadas despiertan el Istmo, y vemos á Panamá, esa futura Constantinopla de la América, vacilar suspendida, mecer su destino en el abismo y preguntar: ¿seré del Sur, seré del Norte?

Hé ahí un peligro. El que no lo vea, renuncie al porvenir. ¿Habrá tan poca conciencia de nosotros mismos, tan poca fé de los destinos de la raza Latino-Americana, que esperemos á la voluntad agena y á un genio diferente para que organice y disponga de nuestra suerte? ¿Hemos nacido tan desheredados de los dotes de la personalidad, que renunciemos á nuestra propia iniciativa, y solo creamos en la estraña, hostil y aun dominadora iniciacion del individualismo? — No lo creo, pero ha llegado el momento de los hechos. Ha llegado el momento histórico de la unidad de la América del Sur; se abre la segunda campaña, que á la Independencia conquistada, agregue la asociacion de nuestros pueblos. El peligro de la Independencia y la desaparicion de la iniciativa de nuestra raza, es un motivo. El otro motivo que invoco no es menos importante.

Hemos indicado la acefalia del mundo en nuestros dias. La historia vegeta, repitiendo viejos ensayos, renovando mómias, desenterrando cadáveres. Solo vemos una ciencia

Primera mención a la raza latinoamericana (1856)

Academia define Iberoamérica en su *Diccionario panhispánico de dudas* como «nombre que recibe el conjunto de países americanos que formaron parte de los reinos de España y Portugal». En un mundo ideal, se corregiría una definición tan errónea tras la lectura de este artículo, pero no albergo esperanzas al respecto.

HISPANOAMÉRICA VERSUS LATINOAMÉRICA

Aún más incorrecto, si cabe, es emplear Latinoamérica, «nombre que engloba el conjunto de países del continente americano en los que se hablan lenguas derivadas del latín (español, portugués y francés), en oposición a la América de habla inglesa». Una definición inventada *a posteriori* por nuestros ilustres académicos para intentar justificar filológicamente lo que carece de justificación histórica, como veremos a continuación.

En 1806, el líder venezolano Francisco de Miranda firmó la *Proclamación a los pueblos del continente colombiano, alias HispanoAmérica*. Este topónimo aglutinante pretendía sustituir el anacrónico de Indias occidentales. que seguía figurando en la intitulación de Fernando VII. Francia e Inglaterra aprovecharon la coyuntura para desintegrar los imperios español y portugués, y rediseñar el mapa americano en su propio beneficio. Concluida la guerra, y tras diversos conflictos fronterizos, proclamaron su independencia los imperios de México y Brasil, así como dieciocho repúblicas: Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Paraguay, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela. A finales de siglo, los Estados Unidos culminaron su expansión territorial hacia el oeste y decidieron crear su propio imperio anexionándose las últimas provincias españolas: Cuba, Puerto Rico, Filipinas y Micronesia.

Tanto los países hispanohablantes como los que hoy son lusófonos (Brasil), francófonos (Haití, Martinica, Guadalupe, Guayana), anglófonos (Belice, Guyana, Jamaica, Bermudas) y neerlandeses (Saba, Aruba, Surinam) podrían ser calificados como hispanoamericanos al haber formado parte del Imperio español en algún momento de su historia. Esto resulta extensivo a la mayor parte de Estados Unidos, si trazáramos una diagonal desde Florida hasta Oregón. E, incluso, al territorio francés de Luisiana, que abarcaba las cuencas del Misuri y del Misisipi, ya que fue cedido a España en 1762 por el tratado de Fontainebleau. No ocurre lo mismo con Quebec (integrado posteriormente en Canadá) ni con Nueva Inglaterra (núcleo fundacional de Estados Unidos).

Después de su independencia, los nuevos países conservaron su lengua y su cultura españolas, con numerosos aportes indígenas y subsaharianos. En Estados Unidos eran conocidos como *Spanish America* y en Francia como *Amerique espagnole*. Fue otro francés, Michel Chevalier, quien en *Lettres*

sur l'Amerique du Nord, publicada en 1836, hizo una desafortunada comparación entre la próspera y protestante América anglosajona frente a la decadente y católica América hispana. Chevalier consideraba a Francia la líder indiscutible del mundo civilizado, al reunir lo mejor del hemisferio teutónico y del latino. Es más, presumía de que, al igual que España, Francia era adalid del catolicismo, pero, al igual que Inglaterra, había sabido evitar el estigma del mestizaje. Por lo tanto, le correspondía liderar al mundo latino (europeo y americano) para frenar el expansionismo de la doctrina Monroe. Una muestra de chauvinismo y supremacismo en estado puro.

Aunque el concepto teórico fuera de Chevalier, el primero que empleó el sintagma *raza latinoamericana* fue el chileno Francisco Bilbao durante un discurso pronunciado en 1856: «Iniciativa de la América». Ahí denunció que el mundo estaba sometido a dos potencias: la anglosajona materialista y la latina espiritual, y que las jóvenes repúblicas americanas debían buscar el equilibrio entre ambas. Al año siguiente, el colombiano José María Torres Caicedo incluyó estos versos en su poema *Las dos Américas*:

La raza de la América latina,
al frente tiene a la sajona raza,
enemiga mortal que ya amenaza
su libertad destruir y su pendón.

No obstante, la actual popularidad del término se debe a Napoleón III, quien consiguió entronizar a Maximiliano como emperador títere de México en 1864 e inmediatamente quiso potenciar el papel de Francia en la conquista de lo que él denominaba, ya sin ambages, América Latina. El empleo de ese neologismo fue denunciado de forma contundente en 1916 por Cebrián en *Las novedades,*

Mestizaje en la América hispana (1772)

© Museo Nacional de Antropología

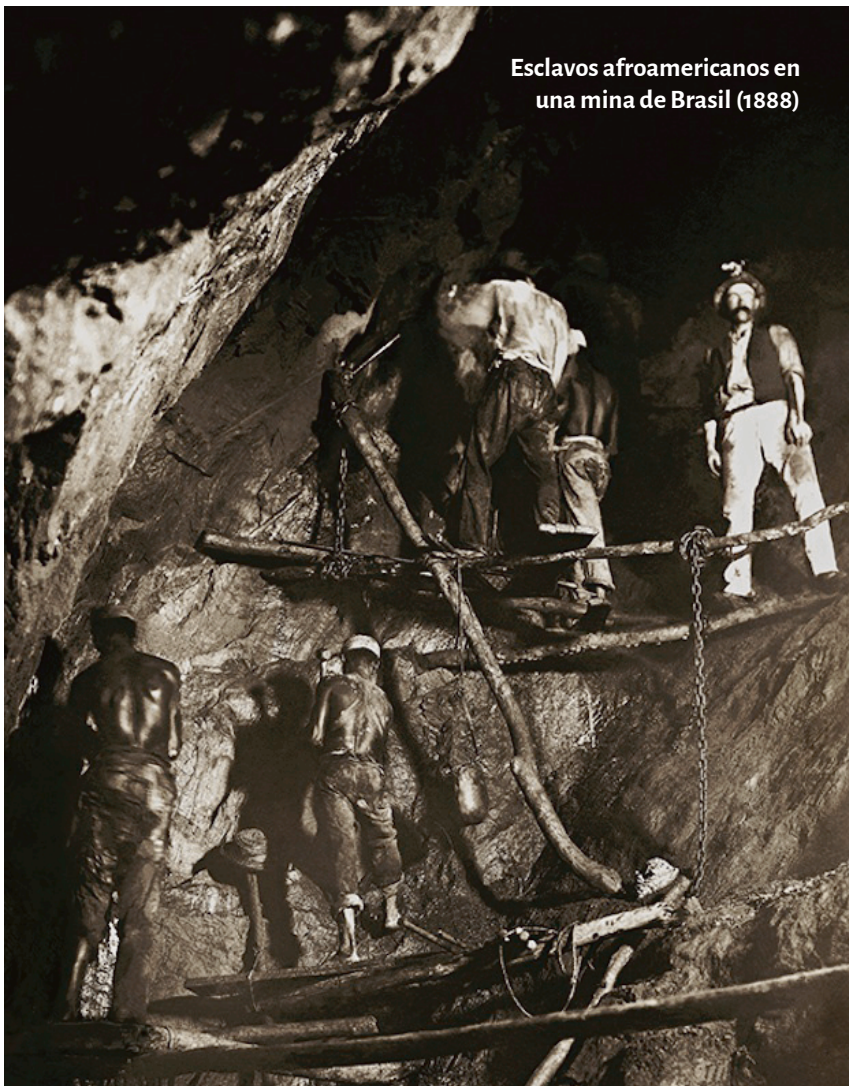
en 1918 por Menéndez Pidal en *Inter-América* y en 1919 por Espinosa en *Hispania*. Todos ellos coincidían en que la América occidental, desde Alaska a la Patagonia, había sido descubierta, explorada, conquistada y defendida exclusivamente por los españoles, sin intervención de otras potencias.

Cuando los franceses se asentaron en la América nororiental un siglo después, contraviniendo el tratado de Tordesillas, bautizaron la unión de Luisiana y Quebec como Nueva Francia, no como América Latina. Este término solo habría resultado apropiado de haber sido conquistada América por los romanos, porque ni los españoles, portugueses y franceses procedían del Lacio ni hablaban latín, sino sendas lenguas romances. En caso contrario, Córcega formaría hoy parte de la Europa Latina; Argelia, del África Latina; el Líbano, del Asia Latina; y Tahití, de la Oceanía Latina. Es más, si tenemos en cuenta que la provincia de Britania también formó parte del Imperio romano, las colonias de Nueva Inglaterra podrían ser englobadas también bajo el término Latinoamérica, creado *ex profeso* para excluirlas, lo que constituiría un contrasentido.

AMERINDIA VERSUS AFROAMÉRICA

Oponer la raza latina a la germánica para justificar el etnónimo latinoamericano también resulta inadmisible, porque obviaría el importante porcentaje demográfico que suponen los pueblos autóctonos en toda Hispanoamérica. De hecho, fueron ellos quienes derrotaron a los sanguinarios imperios inca y azteca, a fin de acabar con una tiranía política y otra religiosa que conllevaban esclavitud y sacrificios humanos, respectivamente. En ambos casos, los españoles no actuaron como meros invasores sedientos de sangre y oro, se limitaron a hacerlo primero como catalizadores y después como líderes en una guerra civil de amerindios contra amerindios en la que, precisamente, apoyaron al débil para derrocar al poderoso.

A partir de Isabel la Católica, todos los monarcas españoles promulgaron leyes para proteger a quienes consideraban súbditos y no una raza inferior explotable. Todo lo contrario de lo que pensaban ingleses y franceses de los africanos, asiáticos y oceánicos que habitaban en sus respectivos imperios coloniales y que, al contrario que el español, nunca fueron integradores sino depredadores. Por su parte, la Iglesia católica nunca quemó en la hoguera a los amerindios por ser paganos, como



Esclavos afroamericanos en una mina de Brasil (1888)

hacía la protestante en toda Europa con brujas y herejes. Al considerarlos niños ingenuos, combinó la enseñanza religiosa en las parroquias con la difusión de la cultura laica en unas universidades mixtas de las que carecían los amerindios de Nueva Inglaterra y Nueva Francia.

Tanto la Corona como la Iglesia favorecieron el mestizaje entre los conquistadores españoles y las mujeres amerindias para favorecer la rápida integración política, cultural y religiosa de sus descendientes. Los primeros conseguían así fundar una familia lejos de la patria y las segundas ascender en la escala social. Esto no sucedió al este del Misisipi debido a dos factores: a la tradicional reluctancia de los pueblos germánicos al mestizaje; y, sobre todo, a que los colonos viajaban con sus propias familias y necesitaban expulsar a los amerindios para poder ocupar sus tierras. En cambio, el cacique español los necesitaba como mano de obra en sus minas y plantaciones, de ahí que los protegiera para garantizarse su riqueza. Esta reminiscencia del régimen feudal nada tenía que ver con el racismo, pues era también aplicable a los propios españoles de procedencia humilde.

A partir de Isabel la Católica, todos los monarcas españoles promulgaron leyes para proteger a quienes consideraban súbditos y no una raza inferior

Para desmontar la leyenda negra del genocidio, basta con analizar el porcentaje de sangre indígena y europea en todos los países americanos. Según el *World Factbook* publicado por la propia CIA estadounidense en 2022, el 99 % de los guatemaltecos y el 90 % de los mexicanos y bolivianos se considera indio o mestizo. Bautizarlos como latinoamericanos en lugar de como amerindios sería tan absurdo como considerar sajonoceánicos a los maoríes de Nueva Ze-

Masacre amerindia en Wounded Knee (1890)

landa; belgoafricanos a los pigmeos del Congo; o galoasiáticos a los guerrilleros del Vietcong. En cambio, la población autóctona de Norteamérica fue exterminada de forma inmisericorde, de ahí que solo suponga hoy un 4 % en Canadá y un 1 % en Estados Unidos. Aquí sí se puede hablar de Germanoamérica.

Por su parte, la población negra o mulata supera el 95 % en el Haití francés, el 50 % en el Brasil portugués y el 13 % en los Estados Unidos. Como es lógico, estas cifras no bastan para bautizar a todas las colonias que padecieron la lacra del tráfico de esclavos, la violación sistemática de las esclavas y la ilegitimidad de su descendencia como Afroamérica. El único país hispano con una cifra significativamente alta de sangre africana es Cuba (36 %), debido a la rápida extinción de los indios taínos y caribes por carecer de anticuerpos con los que hacer frente a las enfermedades exportadas por los primeros conquistadores. Su lugar no solo fue ocupado con esclavos subsaharianos, sino por muchos estadounidenses que, tras escapar de sus amos o ser liberados por estos, prefirieron emigrar a Cuba y Puerto Rico antes que sufrir la violencia del Ku Klux Klan. Por no mencionar la marginación política, social y económica en un país que, hasta hace unas décadas, conservaba leyes segregacionistas y donde, aún hoy día, cualquier WASP *(white, anglo-saxon, protestant)* se considera superior al resto. Cabe mencionar que el Ejército español fue el primero en tener unidades segregadas de *pardos y morenos.* Entre estas últimas cabe mencionar la guarnición de fuerte Mosé, en Florida, compuesta por antiguos esclavos huidos de las plantaciones de Georgia.

En cualquier caso, no debe olvidarse que la esclavitud nunca fue una lacra española o portuguesa, sino común a todo el mundo desde la Antigüedad, incluida la propia América precolombina. De hecho, aún en el siglo XVIII cualquier prisionero de guerra, no solo otomano sino también europeo, podía ser condenado a galeras como cualquier esclavo, hasta que su rey, su familia o alguna orden redentora pagase el rescate.

Etnografía de América (2023)

PAÍS	AMERICANOS	MESTIZOS	EUROPEOS	MULATOS	AFRICANOS	OTROS	TOTAL
Argentina	2,4		97,2		0,4		4,5
Belice	11,3	50,6	1,2	6,1	25,9	4,9	0,0
Bolivia	20,0	68,0	5,0	2,0	1,0	4,0	1,2
Brasil	0,4		47,7	43,1	7,6	1,2	21,1
Canadá	4,4		91,6			4,0	3,7
Chile	10,8		88,9			0,3	1,8
Colombia	4,3		87,6	6,8		1,3	4,8
Costa Rica	2,4	83,6		6,7	1,1	6,2	0,5
Cuba			64,1	26,6	9,3		1,1
Ecuador	14,4	71,9	6,1	6,2	1,0	0,4	1,7
El Salvador	0,2	86,3	12,7		0,1	0,7	0,6
Estados Unidos	1,1	10,2	61,6		12,4	14,7	32,8
Guatemala	43,5	56,0		0,1	0,2	0,2	1,7
Guyana	10,5		0,5	19,9	29,3	39,8	0,1
Haití			5,0		95,0		1,1
Honduras	7,0	90,0	1,0		2,0		0,9
Jamaica				6,1	92,1	1,8	0,3
México	28,0	62,0	10,0				12,5
Nicaragua	5,0	69,0	17,0		9,0		0,6
Panamá	12,3	65,0	6,7	6,8	9,2		0,4
Paraguay		95,0				5,0	0,7
Perú	25,8	60,2	5,9		3,6	4,5	3,1
Puerto Rico			75,8	3,3	12,4	8,5	0,3
República Dominicana		58,0	13,5	12,4	15,8	0,3	1,0
Surinam		13,4	7,6	15,7	21,7	41,6	0,1
Uruguay	2,4		87,7		4,6	5,3	0,3
Venezuela	2,7		41,0	51,6	3,5	1,2	2,9
AMÉRICA	6,9	19,8	48,2	11,6	7,7	5,7	100,0

CONCLUSIONES

El término Iberia solo es aplicable, *sensu stricto,* al territorio comprendido entre las colonias griegas de Marsella y de Ampurias. *Latu sensu*¸ y por mera convención filológica y arqueológica, al litoral mediterráneo donde habitaban los pueblos que compartían una lengua y una cultura bautizadas *a posteriori* como ibéricas. Durante el Alto Imperio romano se mantendría la forma culta Hiberia entre un reducido grupo de historiadores, geógrafos o poetas de ascendencia griega, ninguno de los cuales pisó la provincia romana de Hispania ni conoció la idiosincrasia de sus habitantes. Con diferencia, la mayor parte de ellos era de lengua y cultura céltica o, en el caso de los lusitanos, precéltica.

En cambio, el latinismo *Hispaniae* se empleó, sin ninguna duda, para aludir al conjunto de la península una vez conocida su singularidad geográfica. Es probable que provenga de la latinización de Hesperia, el primer topónimo histórico-mitológico que, con cierta certeza englobaba a toda la península, pues tanto Oestrimnis como Ophiusa permanecen ignotos y Tartessos solo abarcaba el sudoeste. Ningún pueblo peninsular tuvo conciencia de pertenecer a un *etnos* ibérico, pero desde el siglo III a.C. todos ellos se consideraron a sí mismos hispanos, incluso antes de consumarse la conquista romana. Tras la invasión musulmana, Hispania pervivió en la memoria colectiva como ente geográfico. Alfonso X hablaba de *Espanna* en las Siete Partidas, y tras su matrimonio, Fernando e Isabel fueron reconocidos como reyes de España.

Los lusitanos nada tenían que ver con los iberos, pero siempre formaron parte de Hispania, al igual que Portugal lo fue de España entre 1580 y 1640. Por lo tanto, el único nombre válido para el conjunto de países que formaron parte del Imperio español sería el de Hispanoamérica. Desde un punto de vista étnico, ningún ibero pisó ese continente como tampoco lo hizo ningún habitante del Lacio. Si lo enfocamos desde el político, tan latina sería Virginia como Luisiana, pues Britania y la Galia eran provincias del Imperio romano. Desde el lingüístico, Quebec es tan latino como Argelia, Vietnam o Tahití.

Hoy día, muchos americanos prefieren ser considerados latinos a hispanos. Especialmente, los indigenistas, que muestran un odio atroz a todo lo español, ignorando que, gracias a los conquistadores, sus antepasados evolucionaron del Neolítico al Renacimiento en menos de una década y abandonaron costumbres tan atroces como la antropofagia. También los portugueses se muestran reacios a todo lo hispano y prefieren considerarse ibéricos, aunque este término les resulte completamente ajeno.

En este mundo cada vez más globalizado, la reunificación política de la península, mal llamada ibérica, estaría hoy más cerca que nunca

En este mundo cada vez más globalizado, la reunificación política de la península, mal llamada ibérica, estaría hoy más cerca que nunca, de no ser por las tendencias centrífugas que sacuden España. En cambio, una hipotética reunificación hispanoamericana parece, hoy por hoy, ciencia ficción, porque ese mercado único de setecientos millones de consumidores supondría una amenaza para las grandes economías como Estados Unidos, China y la propia Unión Europea. Hasta entonces todos aquellos que apostamos por defender nuestras raíces comunes deberíamos adoptar una misma nomenclatura para evitar caer en estereotipos impuestos por intereses ajenos:

España + Portugal = Hispania;
Hispania + América = Hispanoamérica;
Iberia + Lacio + América = Falaciamérica. ■

LH

SUSCRÍBETE POR 16 € ANUALES
HTTPS://LAUSHISPANIAE.ES